

"Cibondo está el amor"

Por ROSA MARÍA

C A J A L

NORA está radiante. Al fin llegó el tan esperado día. Su vestido «Pompadour» cruje proclamando la suavidad de la tela y el antifaz negro acaricia parte de su rostro. Recuerda el dorado color del champán contenido en copas de cristal, al contemplar en el espejo las guedejas rebeldes de su cabello. A través del antifaz despiden sus ojos brillo de luceros encendidos en una noche de estío. La emoción le embarga al comprobar que todo aquello tiene un algo de mágico y encantador hechizo que la obliga a vagar por una región de ensueños.

Es la primera vez que va a asistir a una fiesta de gran gala. Durante varios días fué el tema que invadió su pensamiento; el comentario continuo de sus amigas, que, admiradas, escuchaban ponderar las cualidades de aquel riquísimo señor que ofrecía a bordo de su yate «Neptuno» una fiesta de despedida. Pero lo que más les subyugaba era el saber que José Enrique, primo de Nora, llegaba aquella noche después de muchos años de ausencia, para asistir también a la fiesta, invitado por el dueño del yate. Les unía gran amistad por haber realizado juntos algunos viajes, y en su paso fugaz por aquel puerto quiso José Enrique abrazar a su amigo.

¿Qué amiga de Nora no conocía a José Enrique? Personalmente, ninguna, ni aun ella misma. Pero todas, sin excepción, en época ya de colegialas, habían saboreado el contenido de las cartas y postales que él enviaba, derrochando tal simpatía y describiendo con tan encantadora sencillez las maravillas de aquellas tierras por las que pasaba como fugaz ave, que en silencio, sin comunicárselo las unas a las otras, soñaban con el marino que Nora les describía. Arrogante figura... Moreno rostro en el que destacaba el verde misterioso de sus pupilas y el blanco purísimo de los dientes... Y sentían cierta añoranza cada vez que Nora, feliz mortal, recibía carta o postal del pariente que navegaba infatigable. Ella sabía que su primo era gallardo, porque en el secreter donde se guardaban viejos recuerdos de familia halló una fotografía casi borrosa y vieja de José Enrique, y a fuerza de contemplarla le vió tal como lo describía ante sus maravilladas amigas. La última vez que José Enrique había visitado a los padres de Nora se encontraba ella pasando unos días en la casa de campo de unos amigos. Entristecida, tuvo que contentarse con una carta que le dirigió su primo diciéndole cuánto sentía no haberla podido ver, y a raíz de aquéllo entablaron una correspondencia impuesta casi por el capricho de la muchacha, que solicitaba un recuerdo de su primo desde cada lugar donde fondeara anclas. Y las líneas de sencilla elegancia que él le enviaba con frases cariñosas y descriptivas de los lugares por donde pasaba, anidaron en el corazón de Nora hacia él un entusiasmo sin límites. Guardó avariciosa el secreto, temiendo a las burlas, pero para sí misma se lo confesaba repitiéndoselo una y otra vez. Estaba enamorada de su primo. Y aquella noche, al fin, iba a verle. A conocer personalmente al hombre de quien se había enamorado. Su contento, infinito, desbordó en exclamaciones de entusiasmo cuando pudo dar la noticia a sus amigas, a todasaquellas que también guardaban silenciosas su montoncito de ilusiones por la misma causa.

—Estás preilusa, Nora—dice sinceramente Charito Vergua al mirando el vesticio—. Y luego... con ese antifaz...

—¿De veras te gusta?
Lola Garcés, Piluchi y Carmen Torres llegan jadeantes por la carrera.

—¡Temfamos no llegar a tiempo. No queríamos dejar de verme. ¡Guapísima, chical

—Estupenda.

—Debes estar emocionada. ¡Ver a José Enrique!

Se miran todas sintiéndose un poco cómplices ante el nombre aquel.

—¡Figuraos!—exclama Nora—. Ya os contaré. Veo la escotona—dice entusiasmada—. Imaginaos lo majísimo que estará vestido de gala... Luego me mirará, y después, asombrado: «¡Nenital, ¿pero es posible que seas tú? Me tenderá las manos, que yo estrecharé emocionada y buscaremos un lugar apacible sobre cubierta para que pueda contarme todo cuanto me dice en las cartas...

Muchos suspiros fundidos en uno solo forman una nube sobre las soñadoras cabezas rubias y morenas. Súbitamente Nora pregunta:

—Emilia y su hermana, ¿no han venido?

—No las hemos visto.

Parece contrariarse de veras. Precisamente son las únicas que se atreven a mostrarse escépticas ante el entusiasmo que todas sienten por José Enrique.

—Siento que no vengan—masculla—. Me gustaría que viesan mi vestido.

aroma esplendoroso que brota del mar y llega hasta su rostro mezclado con la brisa que besa sus labios para depositar en ellos un salado sabor. Supone estar soñando. Se mece en el encanto de vagar por un mundo que crea al influjo de las notas musicales que llegan hasta ella, cuando ya una lancha motora los conduce hacia «Neptuno», en el que brillan cientos de luces como si fueran estrellas bajadas del cielo, junto a banderitas que ondean en sus colores chillones, presas por el capricho del viento. Gran animación; resplandor que obliga unos instantes a cerrar los ojos. Acordes musicales lánguidos, apacibles, como las mansas olas que besan al yate con suave chasquido.

A Nora le tiemblan un tanto las piernas, especialmente al entrar en el salón principal, en el que, como si estuviera presa en las redes de una quimera, contempla disfraces, brillo de joyas y de solapas de smoking... Su aturdimiento crece, aumenta enormemente cuando su padre exclama con alegría: «¡Mira, allí viene José Enrique!»

Música... murmullo de voces... colores, muchos colores cegando sus ojos como interminable procesión y un marino que alegremente la abraza y le da dos sonoros besos en sus mejillas pálidas...

—¿Cómo estás, chiquilla?

Tiene que apoyarse contra la pared. Con supremo esfuerzo logra que sus labios esboquen una sonrisa, y bendice al dueño del yate, que, en unión de otros señores, se unen al grupo.

No se da cuenta de lo que hablan. Un nudo terrible le oprime la garganta. Quisiera llorar, llorar mucho para enterrar en lágrimas su desilusión. ¡Santo Dios! ¿Cómo era posible que José Enrique fuera aquel marino encorvado, enclenque y casi calvo? ¡Un hombre que tantas cosas preciosas sabía decir! Si no era viejo, al menos lo parecía... Y luego, tan chiquito, con un timbre de voz tan fino... ¡Qué fracaso si sus amigas lo supieran!

La animación es mucha y Nora logra escabullirse. Busca soledad en la que poder pensar. A su desilusión se impone la necesidad de encontrar un argumento que la deje en buen lugar ante los ojos de sus amigas. La música y la alegría que reina la hacen daño. ¡Dio miol! ¿Pero es posible?, se repite. ¿No habré soñado? Poco a poco recupera la calma. Ella... ya se acostumbraría; en cuanto a las otras, les contaría una historia bellísima en la que José Enrique, aquel José Enrique que todas soñaban, sería el protagonista. Después de todo, su primo no iba ni a permanecer un día junto a ellos... Y más apaciguado su espíritu, decidió volver al salón para recrearse en la animación de la fiesta.

—¡Hola, Nora! ¿Has visto ya a tu primo?

¡Cielo santo! Nora contiene una exclamación. ¡Emilia y su hermana cortejadas por dos muchachos! Muy monas ellas en su disfraz de diablo una, y de Colombine la otra, pero Nora no ve nada más que el diablo, el diablo en todo aquello...

—Sí, sí... —balbucea Nora.— Sí. Ahora mismo acabo de dejarle...

—¡Queremos conocerle!—exclaman ellas con algo de sorna. Y la angustia envuelve a Nora, que promete ir a buscarlo en seguida.

Corre la chiquilla aturrida, perdida en el ajeteo de fiesta espléndida; y es el antifaz cuna de dos lágrimas rebeldes que brotaron cuando, mirando al cielo, encendido, suplicaba una solución. Al bajar los ojos tropezó con la arrogante figura de un oficial de Marina que, apoyado en la barandilla, fumaba tranquilamente en su pipa. La inspiración invade el cerebro de Nora.

—¡Señor! —exclama con angustia.

—No te preocupes. Ya se enterarán. A lo mejor están acechando para verte cuando salgas y luego criticar. Es su costumbre.

La emoción de Nora es demasiado grande en aquel momento en el que sus padres acaban de dar la orden de marcha para preocuparse de cosa tan pequeña.

—¡Adiós, Nora, ya nos contarás!

—¡Que te diviertas!

—¡Adiós, adiós!

El auto gris se aleja sin levantar el menor ruido, marchando veloz, camino del puerto. Pocos momentos después recoge Nora, al descender del coche, la caricia de la noche estival que le ofrece, como rendido amante, el

aroma esplendoroso que brota del mar y llega hasta su rostro mezclado con la brisa que besa sus labios para depositar en ellos un salado sabor. Supone estar soñando. Se mece en el encanto de vagar por un mundo que crea al influjo de las notas musicales que llegan hasta ella, cuando ya una lancha motora los conduce hacia «Neptuno», en el que brillan cientos de luces como si fueran estrellas bajadas del cielo, junto a banderitas que ondean en sus colores chillones, presas por el capricho del viento. Gran animación; resplandor que obliga unos instantes a cerrar los ojos. Acordes musicales lánguidos, apacibles, como las mansas olas que besan al yate con suave chasquido.

A Nora le tiemblan un tanto las piernas, especialmente al entrar en el salón principal, en el que, como si estuviera presa en las redes de una quimera, contempla disfraces, brillo de joyas y de solapas de smoking... Su aturdimiento crece, aumenta enormemente cuando su padre exclama con alegría: «¡Mira, allí viene José Enrique!»

Música... murmullo de voces... colores, muchos colores cegando sus ojos como interminable procesión y un marino que alegremente la abraza y le da dos sonoros besos en sus mejillas pálidas...

—¿Cómo estás, chiquilla?

Tiene que apoyarse contra la pared. Con supremo esfuerzo logra que sus labios esboquen una sonrisa, y bendice al dueño del yate, que, en unión de otros señores, se unen al grupo.

No se da cuenta de lo que hablan. Un nudo terrible le oprime la garganta. Quisiera llorar, llorar mucho para enterrar en lágrimas su desilusión. ¡Santo Dios! ¿Cómo era posible que José Enrique fuera aquel marino encorvado, enclenque y casi calvo? ¡Un hombre que tantas cosas preciosas sabía decir! Si no era viejo, al menos lo parecía... Y luego, tan chiquito, con un timbre de voz tan fino... ¡Qué fracaso si sus amigas lo supieran!

La animación es mucha y Nora logra escabullirse. Busca soledad en la que poder pensar. A su desilusión se impone la necesidad de encontrar un argumento que la deje en buen lugar ante los ojos de sus amigas. La música y la alegría que reina la hacen daño. ¡Dio miol! ¿Pero es posible?, se repite. ¿No habré soñado? Poco a poco recupera la calma. Ella... ya se acostumbraría; en cuanto a las otras, les contaría una historia bellísima en la que José Enrique, aquel José Enrique que todas soñaban, sería el protagonista. Después de todo, su primo no iba ni a permanecer un día junto a ellos... Y más apaciguado su espíritu, decidió volver al salón para recrearse en la animación de la fiesta.

—¡Hola, Nora! ¿Has visto ya a tu primo?

¡Cielo santo! Nora contiene una exclamación. ¡Emilia y su hermana cortejadas por dos muchachos! Muy monas ellas en su disfraz de diablo una, y de Colombine la otra, pero Nora no ve nada más que el diablo, el diablo en todo aquello...

—Sí, sí... —balbucea Nora.— Sí. Ahora mismo acabo de dejarle...

—¡Queremos conocerle!—exclaman ellas con algo de sorna. Y la angustia envuelve a Nora, que promete ir a buscarlo en seguida.

Corre la chiquilla aturrida, perdida en el ajeteo de fiesta espléndida; y es el antifaz cuna de dos lágrimas rebeldes que brotaron cuando, mirando al cielo, encendido, suplicaba una solución. Al bajar los ojos tropezó con la arrogante figura de un oficial de Marina que, apoyado en la barandilla, fumaba tranquilamente en su pipa. La inspiración invade el cerebro de Nora.

—¡Señor! —exclama con angustia.

